

CATEQUESIS Nº 10 y 11. MAL Y BIEN; PECADO Y GRACIA.

Ref.: Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes* 13; Catecismo de la Iglesia Católica ## 309.386-409; AAVV *Diccionario enciclopédico de teología moral*, Paulinas, Madrid, 1980⁴, Voz: *Pecado*; Juan Pablo II, Catequesis 16, 23 y 30 de abril de 1980 en: *Hombre y mujer los creó*, Cristiandad, Madrid, 2010, 173-187.

Recapitulemos: hemos visto la creación del hombre (*Adán*) en la doble versión (*ish e ishà*; varón y mujer), ambos de igual dignidad para que en su relación se manifieste la 'imagen y semejanza' de Dios (Gen 1,26). Es el deseo mutuo que los une en una sola carne. Luego vimos ante esa creación en libertad, belleza y verdad, sin ninguna malicie, existe el mal. ¿De dónde viene? ¿puede haber sido creado por Dios? No responde a la lógica. Veíamos cómo la Palabra (Gen 3,1-7) muestra la tentación y la caída: querer ser como Dios y desconfiar del Creador. Eso lleva al trágico desorden interno que nos cambió la mirada de las cosas y de las personas para querer adueñarnos y servirnos de ellas. Sufrimos personal y comunitariamente (GS 13b). Lo entendemos a nivel personal pero todavía nos queda la pregunta por el pecado y por el mal físico. Terremotos, accidentes, enfermedades, etc., ¿de donde vienen? Eso no depende de la libertad del hombre. Trataremos de responder. Luego de ¿dónde viene la doctrina del pecado? Y ¿del pecado original? Esos serán los tres temas de esta catequesis.

1. El problema del mal.

Si Dios Padre Todopoderoso, Creador del mundo ordenado y bueno, tiene cuidado de todas sus creaturas, ¿porqué existe el mal? (Catecismo Iglesia Católica -CEC- 309). Esta misma pregunta se la han hecho las generaciones de creyentes desde los creyentes judíos que escribieron inspiradamente el Génesis hasta los críticos de hoy. La pregunta puede ser más acuciante: ¿porqué sufren los inocentes? niños que pasan hambre, los pobres que sufren humillaciones, la carga la llevan los más pobres y los marginados del desarrollo. Es sin duda, un tema escandaloso y puede llevar al ateísmo (GS 19-20).

2. Mal y pecado. Aclaración metodológica.

Debemos hacer una aclaración de método: hasta ahora venimos dando pasos en una lectura histórico-crítica de algunos pasajes de la Biblia y de nuestra historia. Sin embargo, recordemos que la Biblia debe leerse bajo tres principios: la Biblia se lee con toda la Biblia; la Biblia la interpreta el que la escribió atento a su Tradición viva; la Biblia se debe leer atento a la analogía de la fe (Concilio Vaticano II, *Dei Verbum* 12,3; CEC 112-114). Esto nos obliga a dejar el método por un rato, para entender en Gen 3, el mal y el pecado.

El mal está en la creación, pero no se entiende sino a la luz del bien. Es un misterio difícil de entender en si mismo. Por eso, hablar del mal natural es comprensible a partir de un bien natural. Hablar de un mal moral es a partir del reconocimiento que existe un bien moral. Este es un lenguaje universal para dialogar a partir de la razón como lo han hecho filósofos y teólogos a través de los siglos.

Pero para hablar del pecado, hay que hacerlo a la luz de un bien muchísimo más grande: el que Dios nos ha revelado como camino de plenitud para el hombre. Entonces la desobediencia a la conciencia, a esa voz interior que dice a todo hombre *busca el bien, evita el mal*, ya no es una simple desobediencia a mi conciencia sino a Dios que me ha revelado algo mucho más grande.

La revelación de este bien ha sido gradual. En el Antiguo Testamento un paso de gran magnitud fue la Ley de Moisés que Dios entregó en las tablas (Ex 20) unos 1.250 años antes de Cristo, pero que fue mejor entendida y descrita por los sabios de Israel al regreso del Exilio durante el siglo V antes de Cristo. San Pablo dice que antes de la Ley, aunque el pecado estaba, no se imputaba como delito porque no se reconocía como malo aquello que la Ley delata (Rom 5,13). Es decir, habiendo Ley, hay delito (Rom 5,20). Dicho de otra forma, la ley hace explícito el pecado.

Sin embargo, el mayor bien hay que decirlo y escribirlo como Bien. Es Jesucristo. En él no solo se nos ha revelado lo bueno y lo mejor para alcanzar la Vida. Son sus mandamientos y enseñanzas (por ejemplo, el sermón del monte: Mt 5-7). Pero más aún, Jesucristo nos ha hecho partícipes de Su vida y nos ha justificado (de pecadores nos convierte en justos) dándonos su Espíritu viviendo en él (Jn 15,5). Así podemos amar y amarnos *como él nos ha amado* (Jn 13,34). Esto supera infinitamente la Ley de Moisés y nos da la libertad.

Ante esta luz tan grande, entonces el mal ya no es un mal cualquiera sino una ofensa a Quien nos ha amado hasta el extremo. Esto no puede ser sino un **pecado**. Cristo no vino a condenarnos (cf Jn 12,47s) sino a darnos vida. Por eso desobedecer las mociones del Espíritu Santo que actúa en nosotros es un pecado de desobediencia tan grave.

Esto es lo que des-cubre San Pablo pues estaba oculto (cubierto por el velo de la ignorancia) a los judíos. Lo expone con fuerza: no nos salvan nuestras obras sino él que derrama su sangre para nuestra justificación. El que está bajo la ley del Espíritu no es esclavo de los preceptos de la Ley (Gal 3,2; Gal 5,13-26).

Bajo esta luz, San Pablo lee Gen 3 y des-cubre que la humanidad estaba en pecado desde el mismo Adán. El hombre tenía capacidad de responder obedientemente a Dios y no lo hizo. Adán introdujo esta desobediencia que trajo las consecuencias que vivimos a diario. De ahí viene lo que él comprende y la Iglesia nos enseña acerca del pecado original.

Entonces a la luz de esta aclaración metodológica, en que debemos saltar al final para entender el principio, sigamos nuestra catequesis.

3. Mal físico.

Comencemos por el mal físico. Desde las ciencias naturales debemos afirmar que hubo mal físico desde antes del pecado (si así pudiéramos hablar porque el pecado afecta al primer Adán). Había erupciones, terremotos, los animales grandes eran una amenaza para el hombre, etc. ¿Porqué Dios permite el dolor de inocentes que sufren por esos males? Es evidente que son menos dolorosos que los males causados por el hombre como la guerra, la injusticia, los abusos, la discriminación, etc. sin embargo nos preguntamos

dónde está Dios en las hambrunas después que tanta gente le ruega y hace oración. ¿Se olvida Dios de esa gente? ¿No podría evitar ese mal?

La Iglesia tiene claridad que todo ha sido creado bueno, y de todo mal Dios saca bien para el hombre que confía en él (CEC 309) pero también es consciente que el mundo está *en estado de vía hacia su última perfección* (CEC 310). Estamos en camino a la perfección. La creación no está concluida y en ella, el hombre se encuentra en el mundo como una de las creaturas que deben compartir los vaivenes del mundo en vías de perfección. Así también lo comprende San Pablo cuando dice que *la creación espera expectante la manifestación de los hijos de Dios* (Rom 8,18-22), texto que, dada su importancia en esta materia, merece un estudio más hondo. Quedo en deuda con ese estudio para más adelante.

El mayor mal físico que enfrenta la humanidad es la muerte. Para el hombre, el mayor terror es constatar la amenaza de finitud (GS 13). Si de cada mal Dios saca un bien, del mayor mal -la muerte de su Hijo en la Cruz- el ha sacado el mayor bien: la vida eterna y la Justificación para la humanidad y la esperanza de la humanidad está en que la final de los tiempos el Hijo de Dios nos levantará en la resurrección de la carne.

4. Mal moral y pecado.

Ya hemos visto que el mal no es obra de Dios sino del mal uso de la libertad del hombre. Hasta aquí hemos visto cómo entró el mal por haber traspasado un mandamiento de Dios: *puedes comer de todos los árboles del jardín, más del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás...* (Gen 2,17). El hombre comió (Gen 3,6) y desde ese momento experimentamos nuestro interior como un combate entre el bien y el mal. Hemos cambiado la visión de las cosas, le hemos cambiado el sentido, las queremos para nosotros y nuestros apetitos desordenados.

En la Biblia, las consecuencias de la desobediencia se expresan en el miedo a Dios (Gen 3,8-10), en el culpar al otro (v 12) y en la vergüenza entre sí, luego el culpar a la misma creación (v 13). Es lo que nos ocurre cuando caemos en algo que está mal. Es una explicación etiológica de lo que ocurre en nuestro interior o en el mundo. Hay muchos males que sobrevienen y que la Biblia los atribuye a haber desobedecido a Dios: la fatiga del embarazo y del trabajo (vv 16s.19), la escasez del suelo (v 18), etc.

En nuestra cultura aumentan corrientes, incluso entre creyentes cristianos y católicos, que dan explicaciones racionalistas, a veces de corte sicologista u otras veces evolucionistas, que explican el desorden interior del corazón humano como un *defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, como un error, como la consecuencia de una estructura social inadecuada, etc* (CEC 387). Estas posturas encuentran mucho apoyo en que “el mal es una ausencia de bien” pues vamos en camino a él.

Es comprensible desde un punto racionalista sin haber conocido a Dios, pero aún antes de conocer a Cristo, hay que afirmar que llevamos una ley interior que nos hace buscar el bien y rechazar el mal (GS 16). Es lo que nos impulsa a vivir conforme a nuestra vocación más íntima que en definitiva, es el encuentro con nuestro Creador y Padre. Todo nos lleva consciente o inconscientemente, a Cristo pues para él fuimos creados. Ir

contra esa vocación o deseo interior que se expresa en nuestra conciencia, es en definitiva ir contra el Creador y por lo tanto caemos en un mal objetivo.

Sin embargo, como veíamos al comienzo, si no se conoce a Dios ni la Ley de Dios, aunque se actúe mal y el pecado tenga una existencia objetiva como desobediencia o alejamiento de Dios, no se puede hablar de pecado en estricto rigor pues el pecado es un concepto religioso que surge del conocimiento de Dios o de la Ley de Dios.

5. Error y pecado.

Entonces, ¿es lo mismo errar que pecar? El error es una categoría humana que puede tener contenido ético. Sin embargo, a la luz de la Revelación cristiana que tiene su cumbre en Cristo Jesús, el error o la caída moral tienen un nuevo componente: haber ofendido a al Padre Creador desobedeciéndole. *El hombre naturalmente no acepta las cosas del espíritu de Dios; son locura para él* (1Cor 2,14) pero quien ha conocido a Cristo muerto y resucitado, y vive de acuerdo a su caridad y en unión con el Espíritu Santo, entonces ese mal objetivo -error- se convierte en él en pecado contra Dios (CEC 388).

Hay muchas preguntas que surgen. Por de pronto, ¿no sería entonces mejor dejar de predicar a Cristo y el evangelio para no cargar la conciencia de quienes no lo conocen? Así no pecarían, soloerrarían. Eso sería egoísmo. La luz de la vida que Dios ha querido revelar en su Hijo, es porque el error, aunque sea sin mala intención, abre la puerta al sufrimiento y en general, se puede afirmar que inevitablemente, detrás de un sufrimiento de un inocente hay un error, aún no imputable o una grave desobediencia a la ley que llevamos en nuestro interior de buscar el bien y evitar el mal.

Dios ha querido revelar el bien para que toda la humanidad lo conozca. Más aún ha querido darnos los medios para lograr el bien mediante Su vida. Con la gracia del Espíritu Santo podemos vencer la tentación de la cual ya hemos hablado. Todavía más: su gracia es tan abundante que, habiendo caído, habiendo hecho mal y habiendo provocado sufrimiento a otros, Él asume sobre si la culpa nuestra y repara el mal que hemos hecho llenando con su gracia lo que nosotros no podríamos haber hecho.

6. El pecado original.

Por otro lado, tenemos la experiencia de vivir en una situación que no es la del inicio en la creación: *hacemos el mal que no queremos y dejamos de hacer el bien que si queremos* (Rom 7,19). El mismo San Pablo ya o decía unos versículos antes: *ya no soy yo quien obra, es el pecado que habita en mi* (Rom 7,17). Hay que reconocer que no solo hacemos obras que son pecado, sino que vivimos un estado de pecado del cual nos viene a liberar Jesucristo. El es el Cordero de Dios *que quita el pecado del mundo*, no solo los pecados.

Entonces ¿qué es el pecado original? ¿pecaron Adán y Eva? Para entender el tema hay que partir de que *la doctrina del pecado original es, por así decirlo, “el reverso” de la Buena Nueva de que Jesús es el Salvador de todos os hombres* (CEC 389). Es San Pablo quien comprende que, así como hubo un Adán que cayó en la desobediencia a un mandato de Dios, así también hay un Nuevo Adán que nos ha justificado (Rom 5,12-21).

Lo importante es que, a la luz de Cristo, comprendemos que la desobediencia de nuestros padres Adán y Eva, la entrada del mal en el mundo es realmente una caída. Esa caída ocurrió *al comienzo de la historia del hombre* (CEC 390) ... *abusando de su libertad, levantándose contra Dios y pretendiendo alcanzar su propio fin alzándose contra Dios* (GS 13). En Adán estamos representados todos y somos una familia humana caída, como también quienes estamos en el en el Nuevo Adán, Cristo, hemos sido hechos de nuevo un solo Cuerpo. San Pablo reconoce en Adán la figura del que había de venir (Rom 5,14).

Es muy notable en Romanos 5,12-21, el rol de la Ley de Moisés en cuanto al pecado y el delito. Antes de la Ley no existía pecado como tal porque habiendo Ley, entonces queda explícito cuál es el pecado. Sin embargo, el pecado existía y los hombres vivían en él aunque no se le pudiera llamar tal. La Ley fue una ayuda para salir de la oscuridad porque denunciaba lo que estaba mal, pero no daba vida ni libertad. Aún así la Ley fue una pedagoga en el camino a la Vida.

El catecismo acompaña la difícil lectura que hemos hecho de Gen 3. La serpiente es la voz seductora y dice que *la Escritura y la Tradición de la Iglesia ven en ella un ángel caído* (CEC 391). Los ángeles son criaturas buenas y libres, pero entre ellos, algunos también quisieron ser *como dioses* (Gen 3,5) y se rebelaron contra Dios. El diablo es el padre de la mentira y homicida desde el principio (Jn 8,44) pero el Hijo se manifestó para *deshacer las obras de diablo* (1Jn 3,8). Resulta misterioso porqué Dios permite la obra del diablo que es una criatura débil pero presente y actuante (CEC 395). Lo definitivo es que *Dios permite todo para bien de los que lo aman* (Rom 8,28).

7. Transmisión del pecado original.

La Iglesia comprende que la humanidad, siendo una en Adán también es una en Cristo. Adán [recordemos que este el nombre colectivo de humanidad] había recibido la justicia y la santidad para si y para todos sus descendientes. Adán con su desobediencia, cayó y perdió esa condición, y con ello, toda la humanidad.

Hay un paralelo a la caída descrita en Gen 3 en el relato de la torre de Babel. No siempre se trata de una desobediencia explícita sino un prescindir de Dios, excluirlo ya sea *por oposición frontal a un mandamiento suyo, por un gesto de rivalidad hacia él, por la engañosa pretensión de ser 'como él'*¹. Es el fenómeno del ateísmo.

Por eso la Iglesia afirma que el pecado original *no es un acto, sino un estado* (CEC 404), es un pecado contraído, no cometido, que sin embargo, no tiene carácter de pecado personal (CEC 405) pues es privación de la santidad y justicia originales. Nacimos en ese estado caído. No se transmite por el acto sexual por el cual los padres transmiten la vida sino por la misma pertenencia a la humanidad.

El autor inspirado de Gen 3, atribuye al pecado del hombre la causa de que la naturaleza se le vuelva en contra: *maldito el suelo por tu causa*. Pero el mal continúa: Caín mata a Abel por el rencor en el corazón (4,6) y luego Lamec se quiere vengar de setenta veces siete (Gen 4,24). Es la espiral de la violencia y del pecado, fruto del mismo pecado en el

¹ Juan Pablo II, *Reconciliación y penitencia* [2 diciembre 1984], 14.

hombre. Es el estado en que vive la humanidad sin Cristo. El pecado se contagia si no hay conversión a Dios.

8. ¿Accidente o destrucción?

La teología protestante tiene una visión negativa del hombre porque ve que el pecado ha provocado destrucción de la naturaleza humana. En la teología católica no es así. Afirmamos que el hombre creado a *imagen y semejanza de Dios* ha caído en el pecado, pero no destruyó su condición original. El hombre *“sucumbió a la tentación y cometió el mal. Conserva el deseo del bien pero su naturaleza lleva la herida del pecado original”* (CEC 1707). Esta afirmación del Catecismo de la Iglesia condensa lo que estamos diciendo. Nuestra naturaleza está herida, pero no destruida.

Esto nos permite entrar a un tema más hondo. Mirar con optimismo al hombre. No todo es malo. *El hombre conserva el deseo del bien* aún después del pecado, en la condición caída. En la economía cristiana *el pecado no es protagonista, ni mucho menos vencedor*².

Aunque difíciles, son muy iluminadoras las Catequesis de Juan Pablo II acerca del amor conyugal y del cuerpo en lo que se refiere a la *Redención del corazón* del hombre³. En esta parte de las Catequesis toma como texto inspirador Mt 5,27s: *se les dijo ‘no cometerás adulterio’, pero yo les digo: todo el que mire a una mujer deseándola ya ha cometido adulterio en su corazón.* Explica que Jesús apela no a una ley más rigurosa que la de Moisés, sino al corazón del hombre o de la mujer. Se ubica en la línea de los sabios del AT para apelar a aquel “eco” interior del sentido sponsal de la mujer (o del hombre). Si bien Jesús lo dice en el contexto del Sermón del Monte, afirma Juan Pablo II que se refiere *precisamente al hombre histórico*, aquel del principio, del futuro, o del que está ante él, cualquiera de nosotros.

El pecado ha destruido los dones de la santidad y justicia originales, pero no la naturaleza humana. Ésta podríamos decir que quedó accidentada pero no destruida. Por eso, lejos de desconfiar del corazón humano, debemos mantenerlo bajo control⁴. La realidad del pecado y la concupiscencia que conlleva, no quiere decir que haya destruido al hombre. Sus relaciones se han distorsionado, pero no se han aniquilado. Necesita de una gracia para poder sanar, pero es capaz del bien.

Por esto cabe esperar del hombre y la mujer el bien, aún en estado histórico caído. El ser humano es capaz de responder a esa ley interior: *busca el bien, evita el mal* no solo individualmente sino también colectivamente. Si bien la realidad del pecado es muy fuerte en cuanto naturaleza accidentada, no aniquila lo más hondo del hombre que es el deseo de volver a su condición original: la comunión con Dios (CEC 27; GS 19^a). De eso trataremos en adelante, de la búsqueda de Dios.

² Juan Pablo II, *Reconciliación y penitencia* [2 diciembre de 1984], 19.

³ Se trata del Segundo Ciclo de las catequesis sobre el amor conyugal que Juan Pablo II realizó cada miércoles en la Plaza San Pedro entre los años 1979 y 1984. Este Segundo Ciclo corresponde a las catequesis del 16 de abril de 1980 al 6 de mayo de 1981 (40 en total). El miércoles 13 mayo de 1981 fue baleado por Ali Agca minutos antes de la Catequesis. Las retomó el 11 de noviembre de 1981 con el tema de la Resurrección de la Carne, iniciando así el Tercer Ciclo.

⁴ Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó*, Cristiandad, Madrid, 2010, 212.